

# Rumania: de la frustración a la esperanza

Boersner, Demetrio

---

**Demetrio Boersner:** Doctor en Ciencias Políticas (Universidad de Ginebra), venezolano nacido en Hamburgo, Alemania. Ex profesor de Historia de las Relaciones Internacionales en la Universidad Central de Venezuela, asesor del Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela desde 1959, ex embajador en Rumania (1984-1989), actual embajador en Suecia. Posee varias obras publicadas sobre relaciones internacionales y sobre el pensamiento socialdemócrata.

---

*Bajo la tiranía de Nicolae y Elena Ceausescu, Rumania fue el más infeliz de los países del ya disuelto «campo socialista». Ese régimen no sólo reproducía los peores aspectos del modelo general del colectivismo burocrático o neostalinismo, sino además hacía resurgir males específicamente rumanos, derivados de las tradiciones del pasado feudal o semifeudal. Por otra parte, el resultado de las elecciones, celebradas en un ambiente de estimable libertad el día 20 de mayo, parece indicar que en Rumania existen ahora una conciencia y unos recursos quizás mejores que en otras naciones de Europa del Este para superar la funesta herencia del ceausescuismo y avanzar hacia un desarrollo con libertad y justicia. La tiranía llegó a combinar elementos de opresión «viejos» y «nuevos». En su sorpresiva y veloz caída influyeron no sólo las protestas y rebeliones espontáneas sino también una conspiración liberadora bien organizada y en última instancia aprovechada por el gobierno reformista soviético de M. Gorbachov.*

La nación rumana surgió del mestizaje étnico y cultural entre los dacios - pobladores tribales del Bajo Danubio - y los legionarios romanos que los sometieron a comienzos del siglo II de nuestra era. Una versión del latín, traído por los conquistadores, se convirtió en la lengua de la nueva nación mestiza, que pronto adquirió un sentimiento de identidad muy fuerte, y supo resistir durante un milenio a las invasiones a veces salvajes y destructoras de los pueblos migrantes más diversos, provenientes de Asia y Europa. Como campesinos sedentarios, enfrentados a hordas

guerreras nómadas, los rumanos frecuentemente tuvieron que recurrir a la defensa y resistencia pasivas, doblando la espalda y aguantando vejámenes, en paciente espera de la oportunidad para liberarse. Esa costumbre de la aparente sumisión en espera del momento propicio para el alzamiento parece haberse mantenido hasta hoy: los observadores del escenario rumano de la «era Ceausescu» solían maravillarse ante la capacidad de aguante pasivo y aparentemente servil de ese pueblo que, sin embargo, acabaría por levantarse con brío.

### ***Un pasado viviente***

En la Edad Media, a partir de 1300, se formaron los principados autónomos del Danubio: Valaquia en el Sur, Moldavia en el Noreste y Transilvania al Noroeste. Esta última provincia fue penetrada por otros grupos nacionales, particularmente húngaros (szekler y magyares) que, aún siendo minoritarios, una vez tras otra lograban arrebatar el mando a la mayoría rumana: la rivalidad étnica rumano-húngara en Transilvania tiene una larga historia.

Los vóivodas o príncipes de las tres provincias rumanas, para mantenerse en el poder y no caer ante el acecho de sus rivales externos (turcos, magyares o eslavos) e internos (boyares o señores feudales insumisos e intrigantes), tenían que ser hombres de garra y sin piedad a la hora de saldar cuentas e imponer su autoridad. Bogdan el Fundador, Esteban el Grande, Miguel el Viejo fueron caudillos feudales grandes y duros: de manera global amaban su tierra y su gente, así como la Iglesia Cristiana Ortodoxa que les daba su inspiración ideológica, pero no vacilaban en derramar sangre ni en utilizar el engaño como arma política. El más sanguinario de los príncipes rumanos fue Vlad Tepes (Vlad el Empalador, también conocido bajo el nombre de Drácula): en pro de la causa rumana, mandó empalar a por lo menos cien mil personas enemigas o sospechosas de serlo, y jamás se cansaba de observar con regocijo el atroz suplicio.

Ceausescu, sobre todo en sus años finales, se identificaba totalmente con estos formidables predecesores. Admiraba su despotismo, dureza y violencia, y entre 1985 y 1989 la propaganda oficial del régimen rumano mostraba series de retratos - ya no de Marx, Engels y Lenin -, sino de Miguel el Viejo, Esteban el Grande, Drácula... y Nicolae Ceausescu como el continuador de su obra. El propio dictador creía con toda sinceridad en ese parentesco histórico: patriota sincero e inclinado hacia lo telúrico («blut und boden», decían en Alemania), no dudaba de que la esencia nacional de su pueblo se encarnaba en la personalidad del «Conducátor».

A la vez que los rumanos defendían su identidad nacional mediante las armas y el poder de sus príncipes, lo hacían también con su habilidad negociadora, manifestada tanto en el ámbito de la diplomacia como en el de intercambios comerciales. Asutuos, los rumanos tradicionalmente logran evitar conflictos abiertos merced el juego de las alianzas cambiantes y al aprovechamiento de las ventajas recíprocas. De esa manera, durante toda la época de la hegemonía otomana sobre Europa del Sudeste (del siglo XV al XVIII), los principados rumanos supieron conservar su autonomía interna, por más que oficialmente aceptaran diversas formas de vasallaje ante la Sublime Puerta. Pagaban sus tributos al Sultán y le rendían las pleitesías requeridas, pero de todos los países balcánicos cristianos Rumania fue el único que no sufrió ocupaciones turcas prolongadas ni fue objeto de ningún intento de conversión al Islam. Con ese fin, sus gobernantes y mercaderes tejían las más complejas redes de interdependencia y forjaban los más eficaces mecanismos de equilibrio de poder que les garantizaran el mantenimiento de su autonomía<sup>1</sup>.

Esa habilidad negociadora, positiva y encomiable para preservar la existencia de una nación, a veces se tornaba negativa por obra de personajes inescrupulosos, y la corrupción administrativa fue una de las manifestaciones de ello. La historia de la Rumania contemporánea independiente con régimen monárquico parlamentario (de 1858 a 1938) se caracterizó, en el lado positivo, por un admirable florecimiento de la cultura nacional y por la acción de muchos hombres brillantes y virtuosos, pero al mismo tiempo, en el negativo, por los escándalos financieros y la venalidad de numerosos políticos y funcionarios públicos, llegándose así al desprestigio de los partidos políticos burgueses y del sistema parlamentario o representativo.

Una deshonestidad similar volvió a florecer bajo el régimen de Ceausescu, de manera que se puede afirmar que éste combinaba los males nuevos, inherentes al colectivismo burocrático o neoestalinismo, con los viejos, principalmente la tiranía personalista y la corrupción.

Sin embargo, sería injusto dejar de señalar que la dictadura ceasesquiana, en su primera etapa, moderada y relativamente liberal, también recogió importantes aspectos de las tradiciones nobles del país - el patriotismo, la inteligencia creadora, el apego a ideales humanistas de raíz latina - y que tomó algunas iniciativas que con razón recibieron los aplausos del mundo exterior.

---

<sup>1</sup>Obras históricas sobre Rumania: N. Iorga, *Histoire des Roumains et de la Romanité orientale*, N. Iorga, *La place des Roumains dans l'histoire universelle*, Candea Virgil, *Breve Historia de Rumania*.

### ***Ceausescu en su etapa progresista***

Como se sabe, el sistema comunista fue impuesto a Rumania, como a los demás países de Europa del Este, - excepto Yugoslavia y Albania, que se liberaron por sus propias fuerzas -, esencialmente por las bayonetas del victorioso Ejército Rojo soviético; no derivó de movimientos revolucionarios internos. Durante la guerra, la resistencia rumana al régimen fascista de Ion Antonescu había sido débil; los comunistas y socialistas eran minoritarios dentro de una población cuyas simpatías en el período prefascista habían estado divididas principalmente entre el Partido Nacional Campesino y el Partido Liberal.

Los años del auge de la guerra fría y hasta la muerte de Stalin (1948-1953) fueron de dura colectivización y uniformización política, con persecuciones y liquidaciones de adversarios y disidentes.

Una vez desaparecido José Stalin, la situación política rumana, como la de todo el bloque dominado por la URSS, se tornó ligeramente más flexible y humana. El secretario general del partido, Gheorghie Gheorghiu-Dej, ascendido en 1952, fue relativamente liberal en comparación con los stalinistas más duros que le habían precedido en el mando, y bajo su égida la represión policial se suavizó sin duda. Sobre todo, Gheorghiu-Dej fue sensible a los sentimientos patrióticos o nacionalistas tan arraigados en su país, y comenzó a resistir a las presiones soviéticas encaminadas a crear una sola economía integrada de Europa oriental, en la cual a cada país le correspondería especializarse en una sola actividad productiva fundamental. Interpretando, junto con su partido, el sentir rumano generalizado, Gheorghiu-Dej afirmó la tesis contraria: Rumania, como las demás naciones comunistas, debía tener derecho a un desarrollo diversificado, sin dejar de cooperar con los países hermanos<sup>2</sup>.

Pero más audaz y radical que Gheorghiu-Dej en el planteamiento de la autonomía nacional fue Nicolae Ceausescu, quien había sido un auxiliar personal del viejo líder y resultó electo secretario general en 1965, luego de la muerte de aquél. Enfrentándose con energía y con valentía al gobierno soviético en múltiples ocasiones, Ceausescu:

- Rechazó la presencia de tropas soviéticas en territorio rumano y - siguiendo el ejemplo dado por De Gaulle en el seno de la OTAN - redujo la participación militar

---

<sup>2</sup>Francois Fejtö. Histoire des démocraties populaires, París, 1969.

rumana en el Pacto de Varsovia, negándose a aceptar el concepto de la integración militar en formaciones supranacionales.

- Reforzó el rechazo a la integración económica completa en el seno del CAME, y defendió para Rumania el derecho a un «desarrollo socialista multilateral», es decir, a la diversificación económica con énfasis en la industrialización y la búsqueda del mayor grado de autoabastecimiento nacional.

- Aún más audazmente, protestó con suma energía contra la intervención soviética en Checoslovaquia en agosto de 1968 y, en coincidencia con el mariscal Tito de Yugoslavia, proclamó «el derecho de cada nación a construir el socialismo a su propia manera»<sup>3</sup>. Brezhnev amenazó a Rumania con una invasión militar, pero Ceausescu convocó a su pueblo a una multitudinaria manifestación nacional-defensiva y puso su ejército en estado de alerta.

Aquel fue su momento de mayor gloria; era de verdad el líder providencial que representaba y encarnaba la voluntad de la nación y el pueblo lo amaba con emoción espontánea. Es posible que ese momento estelar haya quedado rígidamente fijado en su memoria para siempre, y que haya nacido su persuasión mesiánica que años después llegaría hasta la megalomanía desenfrenada - alentada, evidentemente, por la labor asidua de los adulones.

Durante los años setenta, la construcción del «socialismo multilateralmente desarrollado», es decir, la modernización y el desarrollo diversificados y autónomos, prosiguió con considerable éxito. La independencia de Ceausescu ante la URSS y su activa diplomacia a favor de la paz internacional - tuvo notables y meritorias iniciativas de buenos oficios y mediación en conflictos internacionales - le abrió las puertas del Occidente. Estados Unidos y otros países industrializados de economía de mercado le concedieron la cláusula de la nación más favorecida en el intercambio comercial, a la vez que la banca occidental le otorgó importantes créditos. Los estrategas norteamericanos se referían a Ceausescu como al «comunista bueno» en contraposición a los «comunistas malos» de Moscú, y el conductor y su esposa Elena recibieron las visitas, o fueron a su vez los invitados, de monarcas y prestigiosos presidentes y jefes de gobierno del mundo entero.

Es verdad, mientras el país prosperaba económicamente, no se avanzaba en el plano de la libertad interna. Algunas medidas de liberalización y democratización, que Ceausescu había implantado en sus primeros años de gobierno, más bien fue-

---

<sup>3</sup>Esta frase se repite continuamente en los discursos y escritos de N. Ceausescu hasta su muerte.

ron anuladas y se acentuó notablemente el poder personal de la pareja presidencial y el culto que se les rendía. Pero el común de la gente, los observadores occidentales y los propios intelectuales progresistas críticos en Rumania tendían a disculpar esos rasgos despóticos como una especie de «precio» que el caudillo rumano tenía que pagar a los soviéticos (garantizándoles que el partido seguía controlando firmemente al país), a cambio de que ellos le toleraran sus travesuras y audacias nacionalistas e independentistas<sup>4</sup>.

### ***La etapa catastrófica: tiranía y miseria***

A partir de 1980-81, se produjo el gran viraje de la economía mundial de la etapa de la «estanflación» a la de la recesión. Cesó el flujo de créditos de los centros industrializados hacia el Tercer Mundo; incluso la banca transnacional elevó las tasas de intereses y exigió la devolución de los fondos prestados. Bajaron catastróficamente las compras de bienes y servicios producidos por los países en desarrollo (del Este como del Sur), y cayó sobre éstos el flagelo del estancamiento socioeconómico, junto con el de la ruinosa deuda externa.

Ceausescu entendió que en lo económico había que cambiar de rumbo hacia la austeridad. Hombres que lo conocieron personalmente, narraron su desconcierto y su horror ante la deuda externa rumana de unos 11 mil millones de dólares en 1981, pues el conductor, nacido en hogar artesanal humilde, miraba a los bancos acreedores con todo el temor de un maestro zapatero endeudado, a quien el usurero amenaza con quitarle su modesta vivienda y sus herramientas de trabajo. ¡Al pago de la deuda había que darle prioridad absoluta, y con ese fin había que apretarse el cinturón hasta un grado extremo! Obsesionado por ese pensamiento el caudillo rumano comenzó, a partir de 1981, a reducir en forma violenta el nivel de consumo del pueblo y, además, a disminuir drásticamente todas las importaciones, incluidas las de tecnología, materias primas y otros insumos esenciales para el progreso de la economía nacional. En una suerte de frenesí neomercantilista, decretó la obligación de lograr ininterrumpidos superávits en la balanza exterior y al actuar en esa forma, hambreado no sólo a su pueblo sino también a la economía de su país. La producción y las aportaciones rumanas se fueron estancando por falta de materias primas, equipos y repuestos, y de ese modo la única forma de obtener un superávit en la balanza exterior consistía en restringir aún más las importaciones<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> El autor oyó este argumento de labios de personalidades rumanas vinculadas al régimen, durante su visita a Bucarest en 1978; se trataba de personas sinceras, que posteriormente cayeron en desgracia o se distanciaron del dictador.

<sup>5</sup> Los más agudos y detallados análisis del deterioro económico rumano son los de Edith Lhomel en números sucesivos de la revista *Courrierdes pays de l'Est* (Documentation française) durante los

Las restricciones al consumo popular pronto se hicieron horrendas, no sólo por la eliminación de importaciones de bienes de consumo sino, sobre todo, por la política del Estado de recoger hasta un grado inhumano los frutos de las cosechas y de toda producción interna, y exportarlos, dejando cantidades ridículamente bajas para el consumo de la población. Además de los alimentos, comenzaron a escasear dramáticamente los combustibles; «para ahorrar energía» (pese a que el consumo popular de todas las fuentes energéticas no suma más del 7% del total), se eliminó la calefacción de las viviendas y hospitales, de manera que, sobre todo en el espantoso invierno de 1984-1985, miles de niños, ancianos y enfermos murieron de frío. La gasolina fue racionada en forma tal que, para llenar el tanque del automóvil, el conductor tenía que hacer cola a veces durante 48 horas - perdiéndose de esa manera jornadas enteras de trabajo-hombre y perjudicándose la economía nacional mucho más que si se hubiese consumido mayor cantidad de combustible.

Particularmente terrible fue el efecto de esta hiperausteridad sobre los servicios médico-asistenciales: de los hospitales y dispensarios comenzaron a desaparecer las jeringas, medicinas, vendas y gasas, los desinfectantes y hasta los anestésicos. Los médicos recetaban remedios a sabiendas de que el paciente difícilmente los podría encontrar y adquirir. Uno de los efectos más trágicos, revelados después de la caída de los Ceausescu, fue el empleo repetido de jeringas no desinfectadas, contagiándose el virus del SIDA, sobre todo, a numerosos niños.

Sin pan, leche, carne, calefacción, gasolina y sin medicinas, la población rumana sufrió durante los años ochenta la peor situación jamás vivida por un pueblo europeo en tiempos de paz.

Inevitablemente, floreció el mercado negro. Para poder sobrevivir, el rumano tenía que emplear todo su ingenio mercantil heredado de tiempos pasados. Mercancías oficialmente «agotadas» reaparecían como por arte de magia, tan pronto el cliente ofreciera los medios de pago de la «economía paralela»: cigarrillos norteamericanos (tenían que ser de marca «Kent»), o whisky. Algunos traficantes, sobre todo extranjeros, ganaron importantes fortunas en el mercado negro rumano durante esos años de desabastecimiento extremo.

La creciente desesperación y rabia del pueblo rumano ante esa política económica que lo reducía a la miseria más infrahumana, evidentemente constituyó otro freno más al avance productivo del país: los trabajadores hambrientos y ferozmente ex-

plotados por las gerencias estatales laboraban con desgano y a veces saboteaban la producción concientemente.

Ante el creciente odio que su pueblo sentía hacia él, Ceausescu intensificó cada vez más la represión y la concentración del poder absoluto en sus propias manos. La «Securitate» (Departamento de Seguridad del Estado, equivalente de la KGB soviética) se amplió y diversificó en grado creciente, formándose asimismo una vastísima red de agentes auxiliares de ese organismo: informantes o denunciadores, provocadores, «soplones» o «sapos». La más terrible desconfianza cundió entre un ciudadano y otro, y se produjo por ello un alto grado de atomización de la sociedad, con lo cual se beneficiaban los represores.

En resumen, los años ochenta se caracterizaron en Rumania por el funcionamiento de un engranaje de factores negativos o círculo vicioso; el empeño de pagar la deuda externa y enderezar la balanza comercial causó una política de austeridad exagerada; ésta a su vez produjo un creciente odio del pueblo hacia el régimen, por lo cual se intensificó el terror represivo y el ensalzamiento de la personalidad del caudillo; el creciente autoritarismo represivo agravó las deficiencias del aparato productivo, con lo cual empeoró la situación económica...

El decisivo alejamiento que todo esto suponía entre Ceausescu y las masas populares fue aprovechado por la camarilla de adulones que lo rodeaba para exacerbar la megalomanía del caudillo y convencerlo definitivamente de su infalibilidad. Aumentó asimismo, cada vez más, la influencia que sobre él tuvo su esposa Elena, persona de escasa altura espiritual, ambiciosa, ávida de poder y de posesiones, y sumamente dura hacia sus semejantes<sup>6</sup>.

El resultado de ese culto a la personalidad - aparte de los cotidianos elogios delirantes que se le hacían por prensa, radio y televisión, y la reinterpretación oficial de la historia del «socialismo» en Rumania como la historia de una sola pareja de «genios» a través de la cual se encarnó la acción del pueblo - fue la iniciación de una serie de obras faraónicas, monumentales, mediante las cuales la imagen y el recuerdo del «conducátor» debían eternizarse. Esas obras muy costosas se realizaban simultáneamente con el programa de austeridad en todos los demás ámbitos y en total contradicción con él. Mientras «no había» fondos para dar leche a los niños o

---

<sup>6</sup>Sobre el tema de las personalidades e intimidades de los Ceausescu, así como los entretelones de su política de seguridad y de represión, véase Ion Pacepa, *Red Horizons* (New York, 1988). El autor, ex jefe de inteligencia exterior de la Securitates revela algunas verdades pero no debe considerarse como fuente de comprobada y total seriedad.



aliviar el dolor de los agonizantes de cáncer, sí los había para construir el Canal Danubio-Mar Negro, cuya utilidad para facilitar el transporte y las comunicaciones europeas está todavía en discusión, y sobre todo para demoler la casi totalidad del Bucarest viejo, lleno de maravillas históricas y artísticas, y construir en su lugar una monstruosa ciudad nueva, de edificaciones gigantescas, de estilo arquitectónico mussoliniano-stalinista.

Por último, aquel caudillo megalómano y alejado del pueblo concibió la idea dogmática de la «sistematización del territorio». Para apresurar en forma voluntarista la marcha de la historia, quemar etapas del «socialismo» y llegar hasta el umbral de un «comunismo» (que él concebía novedosamente como un sistema con Estado, partido y jefe, y también con el propósito más sobrio de completar la atomización de la población, destruyendo vínculos tradicionales y niveles de cohesión intermedios entre el individuo y el Estado nacional, el líder rumano ordenó la iniciación de un vasto programa de destrucción de aldeas y de traslado de sus habitantes a «centros agroindustriales» donde serían reubicados en bloques de apartamentos. Además de herir de modo cruel los sentimientos del campesinado, ese programa era enormemente costoso y colidía con el propósito de austeridad que al mismo tiempo se pregona.

### ***La lucha liberadora: por abajo y por arriba, coincidencias y rivalidades***

A pesar de que el grueso de la población parece haber aceptado al régimen de Ceausescu como tolerable durante la década de los años setenta, los obreros estuvieron descontentos por la falta de libertad sindical y los métodos explotadores que les aplicaba la capa burocrática y gerencial dominante. En 1977, en la región carbonífera del Valle de Jiu, ocurrieron vastas huelgas ilegales, coordinadas por un comando sindical clandestino, totalmente desligado de la organización sindical oficial dirigida por el partido y el Estado. Ese movimiento reivindicativo democrático de los trabajadores mineros fue reprimido duramente, y en los años sucesivos la resistencia obrera al ceausescuismo fue sólo esporádica y en pequeña escala.

A partir de 1987, los intensos sufrimientos del pueblo rumano provocaron nuevos estallidos de protesta. En diversos puntos del país, los trabajadores efectuaron paros y actos de desafío al régimen, apoderándose, incluso, de productos destinados a la exportación para señalar la gravedad del hambre popular. A fines del mismo año estalló la histórica insurrección popular de Brasov. Los trabajadores fabriles de esa ciudad industrial realizaron una huelga y manifestación, a la cual se unió espontáneamente toda la población, al grito de «¡abajo la tiranía!». Luego de dos días

de tensión y luchas, tropas del Ministerio del Interior junto con algunas unidades del Ejército regular reprimieron la rebelión. La insurrección de Brasov hizo que el pueblo perdiera su miedo y fatalismo casi absolutos. Un ejemplo se había dado; de pronto lo imposible pareció posible.

Personalidades de la intelectualidad rumana manifestaron valientemente su disidencia frente al régimen. El escritor D. Dinescu y otros tuvieron el coraje de escribir cartas públicas de protesta y crítica. La profesora Doina Cornea organizó una protesta escrita colectiva de grupos de intelectuales. Todos esos protestatarios fueron sometidos a arresto domiciliario: ya el apoyo de la opinión pública internacional era suficientemente poderoso para impedir que se les encarcelara.

Desde comienzos de 1989 se multiplicaron pequeños o grandes actos de protesta. Personas desconocidas escribieron consignas contra el dictador en paredes y muros; un incendio destruyó un arco construido frente al Palacio de las Ferias y Exposiciones en homenaje a la pareja presidencial; perros realengos ambulaban por las calles portando cartelitos que decían «muera Ceausescu». Asimismo, en diversas oportunidades se distribuyeron hojas volantes pro democracia, emitidas por una misteriosa «Acción Democrática Rumana».

Pero esa creciente corriente de manifestaciones de descontento debe interpretarse dentro del contexto de una situación internacional que evolucionaba en sentido negativo para el dictador Ceausescu.

Como señalamos antes, hasta 1985 Ceausescu era el indiscutible «comunista bueno», a quien el Occidente le perdonaba la opresión interna por su independencia ante la potencia soviética. Pero la llegada al poder de Mijail Gorbachov en 1985 hizo cambiar rápidamente la evaluación que el mundo entero hacía del rol histórico internacional del gobernante rumano.

La URSS inició, como es sabido, una política de renuncia voluntaria a posiciones imperiales que sólo tiene parangón en la disolución libremente consentida del Imperio Británico en 1947. Paso a paso, Gorbachov fue retirando sus tropas y asesores de puntos conflictivos en el Tercer Mundo, a la vez que soltaba las amarras de Europa del Este y comenzaba a negociar con el Occidente un desarme y una distensión profundos y espectaculares. De repente, los buenos oficios y las mediaciones de Ceausescu se volvieron redundantes o innecesarios. Y su política de firmeza autonomista frente a la URSS, que antes había tenido significación antiimperial y progresista, ahora adquirió un contenido reaccionario y repudiable, de rechazo a la li-

beralización o reforma y de aferramiento al dogmatismo y al neostalinismo así como a un nacionalismo estrecho y anacrónico. Ya el mundo no vio en Ceausescu al patriota y aliado de otros patriotismos de pequeños países sino únicamente al déspota que martirizaba a su propio pueblo.

Ahora, en Occidente, brotó vigorosamente la indignación contra el régimen rumano y se expresó en los medios de comunicación social. En el plano económico, los países de Europa y EEUU estaban indignados desde hace años por las prácticas comerciales ventajistas del régimen de Rumania, que siempre procuraba tener excedentes de exportaciones y con frecuencia incumplía compromisos de importación desde otras naciones.

A esa irritación ahora se agregaba la denuncia cada vez más masiva y contundente de violaciones de los derechos humanos efectuadas por el régimen de Ceausescu. A medida que Europa del Este se iba liberalizando y que sobre todo Hungría hablaba en forma independiente, ya no eran sólo los anticomunistas sino también los elementos reformistas en el seno del propio «socialismo» quienes denunciaban con severidad los abusos existentes en Rumania. Para fines de 1988, en la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas en Ginebra, Hungría aparecía junto a Suecia, el bloque occidental y varias democracias latinoamericanas, condenando a Rumania por sistemática violación de los mencionados derechos.

La Unión Soviética, desde el ascenso de Gorbachov, se daba cuenta de que el régimen de Ceausescu era históricamente anacrónico e insostenible y que su efecto era el de desprestigiar al comunismo y dar mayor fuerza, dentro y fuera de Rumania, a los sentimientos antisocialistas. Gorbachov hizo intentos de convencer a Ceausescu de la necesidad de cambiar y ajustar su conducta a las nuevas condiciones del mundo, pero se encontró ante la tercera intransigencia del «conducátor», quien le explicó que en Rumania la perestroika «ya se había cumplido hacía tiempo», que en el país reinaba una perfecta democracia socialista y que no había necesidad de modificar nada <sup>7</sup>.

Además del hecho de que Ceausescu desacreditaba al comunismo como sistema político, había otra razón muy concreta por la cual los soviéticos anhelaban su reemplazo por un gobierno comunista reformista y democratizador: si se dejaba que la situación rumana se deteriorara hasta el punto de que Ceausescu fuese sustitui-

---

<sup>7</sup>El conjunto de las ideas de Ceausescu sobre ideología, política interna y problemas internacionales están recogidas en la amplia colección de folletos en idioma español, El Pensamiento Social-Político del Presidente de Rumania, publicados a intervalos regulares por la Editorial Meridiane, Bucarest. No cabe duda de que el pensamiento del líder rumano era, a su manera, constante y coherente.

do por un régimen antisocialista, éste podría sentirse tentado a respaldar las reivindicaciones separatistas de la población de la R.S.S. de Moldavia, rumanos de lengua y cultura y deseosos de una reunificación con Rumania (a la cual Stalin había arrebatado ese territorio en 1940). En cambio, un futuro gobierno socialista «perestroikista» rumano garantizaría una actitud discreta y moderada ante ese problema.

A partir de 1986, Mijail Gorbachov parece haber encomendado a su embajador (y amigo personal) en Bucarest, el talentoso Y. M. Tiayelnikov, la tarea de organizar y movilizar un vasto mecanismo de influencias sobre la dirigencia y base del Partido Comunista Rumano, a fin de ir creando una corriente renovadora que eventualmente arrebatará el mando del partido y del Estado a Ceausescu y su camarilla, y estableciera una nueva dirección colectiva y democratizadora. De ese modo, Gorbachov esperaba evitar una revolución más violenta que barriera del poder no sólo a Ceausescu sino también al Partido Comunista.

En 1989, desde principios del año, la tensión interna en Rumania se iba intensificando. Ceausescu había anunciado su decisión de hacerse reelegir como secretario general y jefe de Estado por el XIV Congreso del PCR en noviembre de ese año. Asimismo, iba ratificando, en sus discursos, una vez tras otra, su total rechazo al espíritu de la perestroika o de cualquier reforma que flexibilizara al régimen neoesalinista. Internacionalmente, procuró formar un sólido frente de dirigentes comunistas duros y tradicionalistas en contra de Gorbachov y los dirigentes húngaros y polacos. Sus aliados en ese frente serían Honecker, Jakes, Fidel Castro y Kim II Sung. Sobre todo confiaba en Honecker: el líder comunista alemán lo apoyaría con toda la autoridad ideológica de la patria de Marx y Engels, además de sostener con su poderío industrial la tambaleante economía rumana.

Al mismo tiempo, en forma probablemente torpe y contraproducente, Ceausescu multiplicaba los llamados, discretos y menos discretos, al bando de los comunistas ortodoxos soviéticos - burócratas, militares y policías de línea dura - para que se alzarán contra el «revisionista» Gorbachov.

Por el otro lado, en contra del tirano, se formó una especie de «triple alianza», integrada por los disidentes y protestatarios internos, el aparato soviético y las influencias y presiones occidentales, abiertas y encubiertas, que colaboraban con los soviéticos en aras de la causa común del derrocamiento de la tiranía, pero al mismo tiempo rivalizaban con ellos.

A principios del año, causó sensación internacional la Carta de los Seis: una carta pública a Ceausescu, firmada por seis viejos dirigentes del partido, de gran prestigio, ya retirados de la vida profesional y política activa. En ese documento se denuncia severamente el mal gobierno, la opresión política y el desastre de la economía, y se emplaza a Ceausescu para que abra el camino a una transformación democrática acorde con la letra de la inoperante Constitución del país.

La Carta de los Seis fue difundida internacionalmente por las radios occidentales y además repartida clandestinamente dentro de la propia Rumania en forma tan eficaz que no cabe duda de que organizados servicios estratégicos estaban ayudando a darla a conocer.

Al aproximarse la fecha del XIV Congreso (20 de noviembre de 1989), la mayoría de los observadores extranjeros estaban convencidos de que Ceausescu aún lograría mantenerse en el poder por cierto tiempo, antes de tener que ceder finalmente ante la marea reformista que atravesaban los demás países de la región. Nada hacía suponer que el fin del tirano se produciría en forma dramática dentro del lapso de un solo mes.

### ***Revolución y continuidad***

No cabe duda de que los levantamientos de Timisoara y Bucarest fueron auténticamente populares y tuvieron un alto grado de espontaneidad. Fue un momento estelar de la historia de Rumania y de Europa: el bravo pueblo se alzó y quebró su yugo con coraje ejemplar. El ejército se negó a disparar contra la población y se unió al levantamiento. Los Ceausescu fueron capturados con sorprendente facilidad (obviamente, su aparato de seguridad fue menos eficiente y estuvo menos bien organizado de lo que se creía) y fusilados principalmente para que sus partidarios supieran que su resistencia armada ya no tenía sentido<sup>8</sup>. El número de víctimas de los combates fue relativamente modesto en comparación con las cifras colosales que se difundieron al principio.

Los aparatos organizados por los elementos reformistas internos con discreto apoyo soviético quedaron sorprendidos por la espontaneidad y fuerza del levantamiento popular, pero no tardaron en asumir el control de la situación. Como presidente del gobierno provisional surgió Ion Iliescu, el hombre de quien se había hablado durante años como figura dirigente de la corriente anticeausescuiana en el

---

<sup>8</sup>Esa explicación, franca y realista, fue dada por Silviu Brucan luego de la ejecución.

seno del PCR, amigo de Gorbachov desde sus días de estudiante, y obviamente el candidato de la URSS para dirigir a Rumania en su futura evolución democrática.

Al lado de Ion Iliescu, el nuevo equipo gobernante estaba integrado por hombres experimentados y capaces, la mayoría de ellos formados en el Partido Comunista. En lo ideológico y programático, es importante el papel de Silviu Brucan, prestigioso profesor, teórico de la política y las relaciones internacionales<sup>9</sup>, autor de libros y ensayos, quien en años pasados fue un importante dirigente del partido y del Estado y sobre todo se destacó en la diplomacia. Brucan fue el principal formulador del programa del Frente de Salvación Nacional: en contra del restauracionismo capitalista de los liberales y los agraristas, el Frente pregona una vía «socialdemócrata a la manera sueca o austríaca»; la búsqueda de una economía de mercado regulada con fines de distribución justa, manteniéndose además el control público o social de las industrias y servicios más básicos<sup>10</sup>.

A diferencia de lo que ocurrió en los demás países del Este, que efectuaron procesos electorales, la fórmula socialdemócrata del FSN triunfó y quedaron derrotados los proyectos de restauración capitalista integral. Se trata de una victoria para las clases trabajadoras que, a la vez que odian y rechazan al neoestalinismo, reconocen que les conviene defender la continuidad de los mecanismos de seguridad social y de beneficio laboral que existían bajo el régimen comunista aunque deformados por la tiranía y la represión.

Al mismo tiempo, el triunfo electoral del Frente constituye un notable éxito para Gorbachov y su embajador en Bucarest. Por lo menos uno de los ex vasallos de la URSS ha decidido intentar la vía de una perestroika socialista democrática, de mantener la amistad con Moscú y permanecer en el Pacto de Varsovia, y no volcarse hacia el Occidente y el capitalismo de las transnacionales.

Queda por verse si el gobierno de Iliescu tendrá éxito en su futura acción. El Occidente está descontento por el resultado electoral aunque admite que la votación fue correcta y sin fraudes de importancia. Bucarest tendrá dificultad en obtener los créditos occidentales que afluirán a países vecinos. Al mismo tiempo, la oposición liberal y agrarista será, probablemente, dura y agresiva. El propio Partido Socialde-

---

<sup>9</sup>Uno de sus libros más interesantes: Silviu Brucan; *Dialectica Politicii Interrzazionale*, Cluj-Napoca, 1985.

<sup>10</sup>Véase Silviu Brucan: «Romania: Pick the Development Models With Care», *International Herald Tribune*, 4-5-1990.

mócrata Rumano, resurgido de la clandestinidad, desconfía de los ex comunistas del Frente y por lo menos en lo inmediato no les brindará apoyo.

Sin embargo, desde el punto de vista de la defensa de la democracia social y de los derechos laborales, Iliescu y su gobierno, ciertamente, merecen que se les trate con simpatía y amistad. Por su trayectoria de lucha valerosa y consecuente contra el neostalinismo de Ceausescu, han demostrado su sinceridad democrática y reformista, a la vez que sus ideas y programa se identifican con los principios que la socialdemocracia propugna universalmente.

### **Referencias**

- \*Anónimo, EL PENSAMIENTO SOCIAL-POLÍTICO DEL PRESIDENTE DE RUMANIA. - Bucarest, Editorial Meridiane;
- \*Brucan, Silviu, DIALECTICA POLITICII INTERRZATIONALE. - Cluj-Napoca. 1985;
- \*Brucan, Silviu, INTERNATIONAL HERALD TRIBUNE. 4-5-90 – 1990.
- \*Francois, Fejtő, HISTOIRE DES DÉMOCRATIES POPULAIRES. - París. 1969; Romania: Pick the Development Models With Care.
- \*Lhomel, Edith, COURRIERDES PAYS DE L'EST. DOCUMENTATION FRANCAISE. - 1984-1989;
- \*Pacepa, Ion, RED HORIZONS. - New York. 1988;